

## SUMARIO

*La cultura del soldado*, por J. A.—*La buena imitación*, por el Capitán Subrio Escápula.—*Licencias y permisos*, por Manuel Burguete, Comandante de Infantería.—*La infantería alemana en las últimas maniobras*, por J. F. H.—*La defensa de Flesinga*—*Las torres de tres cañones en los acorazados*.

### BIBLIOTECA

Pliegos 47, 48, 49 y 50 de «Un año en el ejército italiano», por D. R. Marín del Campo.

---

### LA CULTURA DEL SOLDADO

En un largo escrito, endeble de argumentación y artificioso, como todo lo que se endereza á mantener una tésis apartada de la realidad, el teniente coronel francés Marchand, tan conocido y con opinión varía fuera de su país, escribe los siguientes párrafos que nos interesa recoger, aunque no desde el mismo punto de vista del autor.

“Entre las causas que pueden determinar el éxito de un ejército sobre otro, hay dos que deben ponerse en el primer lugar: 1.º la superioridad material susceptible de ser obtenida por una mejor calidad del armamento; 2.º la superioridad moral que puede infundir en un ejército la convicción de valer más que sus adversarios. Comparemos entre sí, en este concepto, los ejércitos que lucharon en Sadowa.

“Materialmente, el ejército prusiano tenía una superioridad incontestable, debida al fusil de carga por la recámara, que era el único del mundo en poseerlo, y hacia de ello 25 años; porque fué en 1841 cuando Prusia adoptó el fusil de aguja.

“¿Porqué, desde aquella fecha, ningún otro ejército le había imitado? Por las mismas razones, sin duda, que el ejército francés, en el que fueron rechazadas hasta 1886, por detestables, las armas de carga por la recámara, de tiro rápido.

“Detestables, porque con tales armas, se decía, el soldado consumiría rápidamente sus municiones y quedaría desarmado. Todavía en 1865, en nuestras grandes Escuelas militares los profesores afirmaban, sin vacilar, que tropas armadas con esos fusiles eran absolutamente “batidas de antemano“. Había que felicitarse, nos decían, de la energía con la cual nuestro Comité de artillería se había opuesto hacia años á que se entregasen armas de dicha clase á nuestros soldados, como queria Napoleón III, muy partidario, personalmente, de la carga por la culata, hasta el punto de haberla hecho aplicar á los fusiles de sus Cien Guardias.

“¿Sabéis qué se respondía, en esas Escuelas, á las observaciones de los jóvenes que se atrevían á decir: Pero esto no es una razón; porque un soldado no pueda disparar de prisa no por eso ha de consumir inutilmente todas sus municiones en pocos minutos?—Si, se les respondía. ¡No habéis estado nunca en la guerra! ¡No sabéis lo que es un soldado! Cuando se encuentra en el campo de batalla, tira, tira maquinalmente y mientras puede, sin saber cómo ni por qué.—

“A ello argüía uno de nosotros diciendo que si se hacían conocer al soldado las propiedades de su arma, se conseguiría darle á comprender.. “¡No se puede hacer comprender nada á un soldado!” fué la respuesta.

“Tal era la nota en Francia y en toda Europa hasta 1886. En parte alguna se quiso adoptar el fusil de carga por la recámara. En todas partes se consideraba al soldado como una máquina.

“Solamente en Prusia se le había creído “capaz de entender algo”; en Prusia, ó sea en el único país en que imperaba á la sazón el régimen de la instrucción obligatoria. A esa instrucción, es decir al maestro de escuela, debió el ejército prusiano la superioridad material debida al fusil de aguja.

“En cuanto á la superioridad de orden moral, puede decirse que ocurrió lo mismo. Lo demuestra el hecho siguiente, entresacado de la historia de la guerra austro-prusiana del coronel federal suizo Lecomte.

“Antes de escribir su libro, este jefe tuvo la excelente idea de visitar la región en que se desarrollaron los sucesos que se proponía exponer y apreciar. Naturalmente, aprovechó el viaje para departir con cuantos actores del drama encontró.

“Entre ellos, figuraba un oficial prusiano, que había hecho la campaña como capitán. La conversación fué de las más edificantes.

“—Cuando estalló la guerra con Austria—dijo el oficial—, los militares profesionales prusianos abrigaban plena confianza en el éxito, porque sabían á qué atenerse sobre el valor del ejército austriaco. Pero no sucedía lo mismo en los soldados, que no eran, en definitiva, más que un elemento de la población civil. Y, á los ojos de esa población, Austria tenía aún un gran prestigio: el del antiguo imperio alemán del que era, oficialmente, la cabeza; sus soldados eran, pues, “imperiales”. Nosotros teníamos el derecho de temer que la moral de nuestros hombres padeciera por la influencia deprimente de esa idea, y no habíamos descuidado nada para combatirla. Por mi parte, me hacía cargo de que, á pesar de todo, persistía.

“La noche del primer encuentro que nuestras tropas tuvieron con los austriacos y que fué feliz para nuestras armas, me creí en el deber de recorrer los vivaques, para aprovechar la buena impresión que nuestros soldados sin duda experimentarían por la victoria. Y como habíamos hecho prisioneros, con los cuales habían hablado, dije á los primeros soldados que encontré: “¡Vaya! ¡Ya véis que, después de todo, esos austriacos no son tan temibles! Espero que desde ahora no les temeréis...” “¡Ah, mi capitán!

—se apresuraron á responderme—;Cómo! ¿Así son los austriacos? ¡Gentes que la mayoría no saben leer,... no conocen la historia de su país,... no sospechan siquiera las causas que han conducido á la presente guerra! Si todos los Imperiales son así, poco trabajo nos costará acabar con ellos.“

“Era, por consiguiente, el maestro de escuela á quien se debía la superioridad moral, sobre cuyas favorables consecuencias no es menester insistir.

“De este modo, á mi juicio, es como hay que comprender la acción del maestro de escuela prusiano hasta ganar la victoria de Sadowa.“

Concluye de los anteriores párrafos el teniente coronel Marchand que “en las grandes guerras sobrevenidas después—las, por ejemplo, de Francia contra Alemania, del Japón contra Rusia, de España contra los Estados Unidos,—el éxito final ha sido siempre para el país cuya población encerraba menos analfabetos. Lo que puede expresarse diciendo: para el país más civilizado.“

Atribuir el analfabetismo francés las estupendas derrotas de 1870-71, dejando en la sombra, cubierta por el manto protector del silencio, la inepticia de los generales franceses y la falta de organización militar, no deja de ser un sofisma, una candidez ó algo peor. Perder de vista la parte esencialmente geográfica al referirse á la guerra ruso-japonesa y omitir la conclusión final que se deduce de la misma, no parece propio de una persona que ha vestido el uniforme del ejército, sino de un orador ramplón. Y perder de vista los mismos hechos y además clasificar entre las grandes guerras el simple tropezón—en la esfera terrestre—que tuvimos con los Estados Unidos, es uno de esos colmos en que son maestros los franceses.

¿Dónde deja y qué consecuencias deduciría el teniente coronel Marchand, de la guerra turco rusa, de la de los ingleses en el Sudán, de la de los italianos en Abisinia, de la anglo-boer, de la turco-griega, etc., etc.?

Dejando aparte las reflexiones que podríamos estampar, limitémonos á comentar, en breves frases, la respuesta—más ó menos literaria ó auténtica—de los soldados prusianos á su capitán. Encierra un gran fondo moral, y si no es cierta, merece serlo.

En primer lugar el ser alfabeto no es lo mismo que el ser instruido. El alfabetismo es un arma, que si se la maneja bien da óptimos resultados, pero si se la usa mal conduce á los mayores estragos, de lo que son prueba fehaciente las doctrinas demoleadoras que tantos prosélitos van adquiriendo en las clases humildes de la sociedad, y el mismo peligro antimilitarista, del qué Francia puede decirnos la palabra más interesante.

En segundo lugar, en la guerra con el extranjero no es una mediana, ni siquiera rudimentaria ilustración lo que necesita el soldado, sino tener bien desarrollado y firmemente asentado el sentimiento de patriotismo. Un soldado que conozca la historia militar del mundo, no podrá menos de sentir desconfianza cuando empuñe las armas contra ciertas naciones; pero si

conoce los hechos gloriosos y las proezas de sus antepasados, tiene confianza en sus jefes y en su armamento, y es patriota, se lanzará á la guerra llevando de su parte todas las probabilidades humanas de la victoria; porque hará gustoso y previamente el sacrificio de su vida, y un ejército dispuesto al sacrificio es el mejor instrumento para la guerra y la victoria. Al jefe corresponde evitar que el sacrificio se consume estérilmente y que las pérdidas se eminenen, reduciéndolas á lo estrictamente indispensable.

Con perdón de Moltke y de todos los sabios alemanes, en la respuesta de los soldados prusianos, de la anécdota del coronel Lecomte, se halla encerrada la mayor crítica de los metodos de instrucción prusianos; porque si aquellos soldados no hubieran conocido algo más que superficialmente la historia militar de la Alemania austriaca, seguramente no entrarán con receló y cierto temor en la lucha con los austriacos. Del lado de éstos se encontraba la fuerza moral, contra lo que cree el teniente coronel Marchand, y á pesar de ello fueron derrotados en el primer encuentro... y en los demás. Apresurémonos á añadir que tenemos por inventado el caso que refiere Lecomte, que los métodos prusianos no se enderezaban á poner por las nubes los altos hechos de los "imperiales", sino de los prusianos, y que la verdadera fuerza moral había sentado sus reales en el ejército del gran Guillermo, como consecuencia, no de la educación é instrucción generales ó enciclopédicas, sino de la educación é instrucción militares.

Porque hay que distinguir entre uno y otro concepto. Una persona de vastísima ilustración, pero en la que no estén muy arraigados los sentimientos del deber y del patriotismo, será un mal militar, y con muchas personas como ella se formará un ejército abocado á los más grandes desastres; mientras que un soldado que esté bien instruido *militarmenté* y adore en el altar de la patria y del deber, será siempre el mejor elemento de que podrá disponerse para vencer al enemigo, aunque su ignorancia sea supina en otros órdenes de la actividad humana.

Esta es, á nuestro modo de ver, la verdadera y fecunda doctrina militar, muy distante de la francesa, que se dirige á formar hombres que allí llaman *conscientes*, que obedecen por impulsos de su propio albedrío, que entienden de todo, y se creen capacitados para entenderlo todo, y á los que hay que convencer antes de exigirles un sacrificio..... En esas escalas y en otras bastante más elevadas de la milicia, no es el convencer lo que hace falta, sino mandar y exigir ciega obediencia, que será útil y fructuosa si la instrucción militar es buena. A los jefes toca mandar bien y con acierto; si no lo hacen, su responsabilidad será tanto mayor cuanto más excelente sea el instrumento puesto en sus manos.

En una palabra, no son sabios los que han de nutrir el ejército, sino hombres fuertes, abnegados y virtuosos. La influencia del maestro de escuela, poderosísima, no se ejerce, no, en el campo de instrucción á secas, sino que debe ejercerse en el de la educación de los sentimientos y volun-

tad de los jóvenes, de la misma manera que en el hogar doméstico se encuentra la verdadera raíz del buen soldado.

Huyamos de dejarnos seducir por el engañoso espejismo de la cultura general, que, como nunca puede ser completa y estar bien orientada, es causa de tantos males como bienes; ella será buena para hacer hombres de consejo, pero no para formar hombres de acción, esto es, militares. Pocos principios, pero bien poseídos; instrucción profesional completa; y bien cultivadas y desarrolladas las facultades de orden moral, componen el cuadro de cultura que ha de resplandecer en el soldado, y lo mismo en en el ciudadano en general.

J. A.

---

## LA BUENA IMITACIÓN

### II

A juzgar por los éxitos obtenidos en la última centuria, ningún otro ejército merece ser tan envidiado como el alemán, brazo robusto á cuya sombra se han desarrollado prodigiosamente las energías intelectuales y materiales del Imperio.

Pero si para conseguir la creación de un organismo español análogo á aquel, copiamos al modelo, desde la organización general al último detalle de las costumbres privadas de oficiales y tropa, no habremos hecho otra cosa que dar vida á una colectividad que será siempre inferior á los ejércitos, cortados por el mismo patrón, de naciones más populosas y que dispongan, por ende, de masas armadas más numerosas; y sólo seremos superiores á otras naciones más débiles que la nuestra, como Portugal, Grecia, etc. Cuando más satisfechos estemos con nuestra flamante institución, aparecerá un Pero Grullo que nos sacará los colores al rostro, sin más que dirigirnos la siguiente pregunta: ¿Para lograr ese resultado nos hemos puesto á dos dedos de la bancarrota y hemos abdicado de nuestra fisonomía nacional, tan gloriosa como la que más? ¿Acaso no éramos antes también, y continuaríamos siéndolo siempre, más fuertes que las naciones de inferior categoría y más débiles que las grandes Potencias? ¿Qué problemas hemos resuelto con vestir á la alemana?

Durante muchos siglos desempeñamos un gran papel en el mundo, cuando aun no existía la Alemania actual; y muy recientemente, derrotamos á los moros hace cincuenta años, vencimos luego á tagalos y filipinos, sometimos á insurrectos de todas clases, hicimos una excursión á Méjico demostrando cualidades que nos envidiaron todos, nos batimos como siempre contra los yankees—que triunfaron, como era natural, de nuestro país, pero no del ejército—y volvimos á derrotar á los moros;

mientras todas las naciones, salvo Alemania, eran derrotadas las unas tras de las otras, y sufrían percances como los de de Sadowa, Sedán, Masuah, el Tugela, Plewna, Liao-Yang.....: la lista es interminable. Y cuenta que muchos de los vencidos disfrutaban de una organización y disponían de unos recursos que ahora envidiamos y nos parecen fantásticos por su grandeza.

Y es que se olvida que cuando luchan dos pueblos, uno de ellos ha de alcanzar el laurel de la victoria y otro ha de sufrir el bochorno de la derrota, pese á las organizaciones y á los cañones y á los Reglamentos y á todo linaje de zarandajas. No es que ellas sean materia despreciable y que haya de relegarse al olvido; pero sí que ante todo y sobre todo influye en la guerra el hombre, y la lucha es entre hombres, cuyas cualidades y defectos como directores y como ejecutores se anteponen y ocupan el primer lugar. Sin remontarnos á Alejandro, Anibal y Napoleón, repasemos bien la historia del Gran Capitán, del duque de Alba, de Cortés,... de O'Donnell, del Marqués del Duero, teniendo bien presentes las características de sus ejércitos y las que reunían los enemigos y llegaremos á la consecuencia eterna é indiscutible, aunque siempre olvidada, de que así como es el hombre quien hace la guerra, es él también quien la resuelve á favor ó en contra suya.

Aparte de este principio fundamental, todo lo demás tiene su valor puramente relativo; al abordarlo, hay que comenzar por sentar bien el objeto que ha de satisfacer la fuerza armada de un país, porque si por la situación y circunstancias de la nación se impone el garantizar la seguridad propia sin pensar en aventuras exteriores—ejemplo Suiza—y se organiza el ejército para una campaña eminentemente ofensiva—ejemplo Alemania—, lejos de lograrse el objetivo deseado se habrá dado un paso en falso que acentuará la debilidad nacional.

Puesto que Alemania es, en el concepto que me ocupa, y á mi juicio juntamente, la nación modelo, veamos en pocas líneas cómo Prusia asentó el fundamento de su poderío para llegar á ejercer la hegemonía germánica.

A Napoleón se debe el principio de la masa, de cuya aplicación logró estupendas victorias. Mas, por torpes que fueran sus adversarios, á medida que aumentó el número de ellos las ventajas de la masa fueron pasando gradualmente al lado de los enemigos de Francia, y á la postre aquel rayo de la guerra fué deshecho, aplastado por el mismo principio que tantos éxitos le había proporcionado. El detallista, el miope, el corto de inteligencia, barajará como quiera los nombres de Wellington, Blücher, Ney y Grouchy, y encontrará como causas un seto, una cortadura, un error ó una orden mal comprendida: el filósofo, el que estudia las cosas en su conjunto, deducirá que había de llegar más ó menos pronto el Waterloo, agravándose lo ya acontecido en la campaña del año anterior.

Malos inventores, pero excelentes adaptadores y perfeccionadores, los prusianos—digalo el gran Federico con vistas al ejército español—desarrollaron calladamente, solapadamente, los principios de Napoleón; y mientras los franceses, austriacos y otros pueblos, se entusiasmaban con las hazañas del caudillo y veían en cada general un nuevo genio, aquellos aplicaban las lecciones del maestro, esforzándose en llevar á la guerra los efectos de la masa y velocidad, ó sea de la fuerza viva. Rodeada Prusia por poderosos vecinos, Francia, Alemania, Rusia y aun Inglaterra, sin apenas fronteras naturales y con un territorio poco propio para la defensiva, no cabía otra salvación que la de lograr el reemplazo de una Alemania austriaca por el de otra Alemania prusiana, lo que exigía obtener la supremacía en el centro de Europa, y para ello era menester derrotar á los Estados circundantes. Estos continuaban en pleno siglo XVIII, no veían en Napoleón mas que al caudillo de rápida concepción y resuelta ejecución, al hombre indomable que cada día forjaba un plan de campaña y dos planes de batalla, mientras los prusianos se daban perfecta cuenta de que en Napoleón palpitaba ante todo un hombre de estudio, laboriosísimo como nadie, un previsor á macha martillo, un verdadero mecánico. El despertar de Dinamarca, de Austria, de Francia, fué horrible; la cosa no tenía ya remedio. Y á la vez que Prusia, á la sazón substituida por la nueva Alemania, se afirmaba más y más en el programa que le llevó á la victoria, Austria y Francia y á la zaga de ellas las demás naciones, fueron copiando los métodos germánicos. ¡Grande y profundo error!

Porque así como los prusianos fueron los únicos que comprendieron lo realmente positivo y substancial del sistema napoleónico, yéndose por las ramas, franceses, austriacos, etc., esos mismos franceses y austriacos y rusos é italianos, tampoco han visto lo substancial del procedimiento alemán. Valiéndonos de una figura, podremos decir que Napoleón inventó la casaca, y los prusianos no imitaron, no, esa prenda, sino que aprendieron á cortarla para ajustarla á sus necesidades propias; Francia, Austria... han copiado la casaca alemana, que les está grande y no les sirve, ni les servirá el día que les haga falta. Digamos en honor del Japón que, á pesar de haber ido allá sastres alemanes, no han copiado la prenda, limitándose á aprender á cortar la que les hacía falta. Véase la organización alemana, compárese con la japonesa, desde el cuerpo de ejército al último detalle, y resaltará esa verdad.

¿Tiene Alemania en su territorio una Bohemia, un Tirol, una región de los Cárpatos, tan características como Austria? ¿Hay nada en Alemania que pueda compararse con el lazo extravagante que une á Hungría con Austria? ¿Qué puntos de contacto hay entre el sistema federativo alemán y el centralismo exagerado de Francia? ¿Se encuentra ésta en un caso parecido al de Alemania, dentro del mapa de Europa? ¿Dónde se encuentran en Alemania las inacabables costas de Italia, ni la barrera de los Alpes,

ni la espina dorsal de los Apeninos? ¿Cómo podría maniobrar un ejército de 2.500.000 hombres en Bohemia, ni en el Piamonte, ni en Saboya?

Desde cualquier punto de vista que se considere la cuestión, se hallan en diferente caso Alemania y los otros países; y empeñarse en copiar servilmente á los alemanes no conduce más que á gastar estérilmente una millonada y labrar la propia ruina, porque lo que sirve para una cosa no sirve para la contraria. La manera de imitar á aquel país, no consiste en seguir sus huellas una á una, sino en aplicar el mismo método que sirvió á Prusia para su reconstitución militar, á saber: determinar con toda exactitud su situación presente y el objetivo á conquistar, y establecer el método más en armonía con los hábitos del país y con los recursos del mismo.

Si nos propusiéramos este punto de partida, concluiríamos que estamos tan distantes de la situación de Alemania como de la de Suiza, y que por consiguiente nuestra organización debe ser un término medio entre la alemana y la suiza, pero con las diferencias que imponen nuestra raza, nuestro suelo y nuestras costumbres.

Todo alemán, antes de ser llamado á las filas, posee las cualidades de subordinación, disciplina, orden y respeto al superior que forman la base de un buen soldado; pero ni el francés, ni el italiano, ni el español las reúnen en el mismo grado. Todo suizo posee una instrucción y una educación que le hacen propio para trocarse en guerrillero disciplinado, militarizado, que podríamos decir, lo que no acontece con el francés, el italiano y el español. ¿A qué empeñarnos pues en seguir un régimen y adoptar una organización que si son buenos para otros pueblos dejan de serlo para el nuestro? Nos violentaremos, saldremos de nuestro quicio, como se han salido franceses é italianos, y el día de la prueba quebrará el sistema.

Por otra parte, si aceptamos el principio de la masa, por más que hagamos, aunque nos arruinemos económicamente, no podremos jamás competir con franceses, ingleses, italianos, etc., y seremos fatalmente aplastados por ellos. Pero la historia demuestra que no siempre la victoria se ha inclinado del lado del número, desde los tiempos más remotos se viene confirmando la misma verdad. Si los griegos, por ejemplo, hubiesen imitado á los persas, Xerxes los habría borrado del mundo, no hubieran tenido lugar las proezas de Alejandro, y la civilización actual sería muy otra de la que nos rige. De la misma manera, tampoco Roma, ni Cartago, incurrieron en el tremendo error de nuestros tiempos, que llamamos de adelanto y progreso, lo cual no fué óbice para que sojuzgaran á países mucho más extensos en población y territorio. Repítense los casos en la edad media, y en nuestros días aparecen los españoles, los boers, los japoneses. Nótese que siempre que los ejércitos organizados según un mismo patrón se ponen frente á frente, vence el más numeroso y mejor dotado de elementos de combate; en cambio si las organizaciones son del todo di-



ferentes y se amoldan al modo de ser del país propio, abundan las sorpresas y los, al parecer, contrasentidos.

Si queremos jugar á los soldados y tener un ejército brillante y que suspenda el ánimo de los papanatas en tiempo de paz, renunciemos á todo lo nuestro y peregrinemos por esos mundos en busca de novedades exóticas; no hay duda que seremos derrotados si el enemigo es más fuerte y le venceremos si es más débil, para lo cual ninguna falta hace el formidable aparato bélico; si ello nos satisface, resignémonos, sin conformarnos, no sin alzar una y otra vez nuestra humilde voz apelando al buen sentido de todos, altos y bajos, para que se ponga un dique al extranjerismo y edifiquemos una institución genuinamente nacional.

Aun limitándonos á señalar los puntos principales de la marcha que á mi juicio convendría seguir, me falta espacio. Continuaré en el artículo siguiente.

EL CAPITÁN SUBRIO ESCÁPULA

---

### LICENCIAS Y PERMISOS

Viene desde hace mucho tiempo sancionando la costumbre, que en los meses de julio, agosto y septiembre, bien para resarcir los fondos de material de los cuerpos, ó el presupuesto de la guerra al resultar con déficit, se concedan licencias trimestrales ó temporales á los individuos de tropa de los cuerpos armados, y se concedan también licencias ó permisos á los jefes y oficiales de los mismos, sin otra justificación quizá que la de dar descanso al cuerpo siguiendo las tradiciones que la moda impone, ya que de hecho y de un modo implícito se suspende el curso anual de instrucción en dicha época. Y nada más absurdo y contrario á la realidad que este modo de proceder.

Si el curso anual de instrucción militar, ha de ser sucesivo y correlativo, orientándose en el espíritu tan brillante que informa generalmente á nuestros reglamentos, por lógica correlación y al igual que pasa con los cursos escolares de instrucción en sus diversos ramos, las vacaciones ó descansos, deben suceder á la terminación del curso, ó á los exámenes del mismo.

La instrucción militar cuando está bien encaminada se empieza como sabemos en las esplanadas ó campos de instrucción, se sucede en éstos, y termina en terrenos variados y desconocidos.

Además confirman este término anual de la instrucción, las grandes maniobras, escuelas prácticas ó ejercicios generales de conjunto, que pueden abarcar desde el simple simulacro de guarnición con enemigo supuesto ó figurado, hasta la maniobra de doble acción con un plan comple-

to. Y estos ejercicios que naturalmente son los finales, al ir en la enseñanza de lo simple á lo compuesto, tienen también que ser precedidos por las maniobras de brigada, de regimiento y de batallón, también en terrenos variados distintos á los habituales de ejercicio, si esperamos nos reputen sólidas enseñanzas.

En estos términos la cuestión, parece lo natural é indicado, sea al final de estas grandes maniobras ó ejercicios que hemos señalado, como finales del curso, cuando tengan lugar las licencias y permisos, no perjudicándose de este modo la buena marcha de la instrucción y toda vez que al cesar los mismos se volvería á empezar otro nuevo curso.

Todas las naciones así lo tienen establecido. En los meses de agosto y septiembre verifican sus grandes maniobras, etc., etc. Y la elección de esta época del año no es caprichosa, sino perfectamente fundamentada como vamos á ver.

Siendo casi las dos terceras partes del suelo cultivado en España, y poco más ó menos en el extranjero, terrenos de secano, en los que predomina la siembra de cereales; y recolectados estos en los meses de junio ó julio, queda ya por fin de este último mes el campo de mieses ó siembra, en duro y compacto rastrojo, y en condiciones por consiguiente muy favorables, para que las tropas de todas las armas puedan cruzar por ellos sin producir perjuicios, y respetando naturalmente los pequeños cuadros que todavía conserven algún cultivo.

Esta situación de descanso del campo, buena en el concepto militar para ser aprovechada en los maniobras ó ejercicios en terrenos variados, dura hasta primeros ó mediados de octubre, en que ya de un modo extensivo se procede por los agricultores á labrarlo, y seguidamente sembrarlo, quedando nuevamente inutilizado en el concepto militar, hasta la nueva recolección en junio ó julio según la comarca.

De modo que en agosto y septiembre y en algunas regiones también en julio, pueden disponer las tropas—y así se utiliza en el extranjero—de considerables extensiones de terreno en rastrojo con algún que otro barbecho, en donde pueden y deben hacer ejercicios de combate todas las armas, ya que por otra parte aunque presente alguna dificultad caminar por terreno labrado, en ellos como es natural, y no en los duros y trillados de los campos de ejercicio, en donde tendrán en la realidad lugar estos.

De modo que si julio, agosto y septiembre constituyen y deben constituir la época de labor más intensa en la instrucción del elemento armado, no debe ser ella la dedicada á vacaciones. Estas, de subsistir, deben venir luego á continuación.

Si así lo hiciéramos, veríamos, cómo por el natural encadenamiento de unos hechos con otros si preside el buen sentir, sería indicado el fin del mes de septiembre, para el licenciamiento ilimitado de los hombres del

tercer año cumplido de servicio, para el licenciamiento temporal de los del segundo según aconsejaren las necesidades del presupuesto en otras razones, también para el licenciamiento trimestral de los que se pudieran del primer año, y la época de los permisos y licencias á conceder al igual que ahora se hace, sin causa justificada, al número de jefes y oficiales que la no supresión de la vida militar, consintiese poder darse.

Si dentro de esta ordenada exposición que trazamos, se incorporasen los reclutas en primero de octubre, terminado el licenciamiento, y empezando su instrucción á mediados de dicho mes estuviesen reglamentariamente los de infantería en disposición de ser inspeccionados á mediados de enero; en primeros de este mes deberían cesar las licencias y permisos de tropa y oficiales y ya dados de alta los soldados de nuevo ingreso, seguirse sin interrupción el resto de la instrucción general, que finalizaría según ya hemos repetido en el mes de septiembre próximo.

Finalizado de este modo el curso anual militar, y empezado como expuesto queda el período de instrucción de reclutas, si durante este tiempo en el cual los soldados veteranos deben dedicarse á repasar la misma instrucción elemental, se produjese este período que hemos señalado y que podemos llamar de vacaciones, aunque legislativamente y de derecho no existe, la instrucción no se interrumpiría según hemos demostrado, ni sufriría retraso alguno cual hoy pasa al hacer el paréntesis del verano, y á mayor abundamiento, el cuerpo de oficiales podría dedicarse preventivamente, y en ninguna ocasión de modo más propicio, á los ejercicios sobre el plano y con los cuadros, que les facilitarían luego en el resto del año obrar desembarazadamente y exclusivamente siempre con tropas.

Variando, pues, nada más que nuestras costumbres en sentido más favorable hacia un mejor acoplamiento de la instrucción militar, para que dé todo el rendimiento que de ella debe esperarse, es como podrá decirse con justicia vamos entrando en el buen camino y nuestros reglamentos podrán ser fielmente aplicados.

MANUEL BURGUETE  
Comandante de Infantería

### LA INFANTERÍA ALEMANA EN LAS ÚLTIMAS MANIOBRAS

Copiamos del *Bulletin de la Presse et de la Bibliographie Militaires*, los siguientes párrafos, que demuestran los incesantes progresos realizados por la infantería alemana, merced á su tenaz y bien dirigida instrucción, y puesto de manifiesto durante las maniobras imperiales de 1911.

Dice la *Internationale Revue*:

“La reina de la batallas” ha continuado progresando. Su manera actual de combatir puede ser considerada como casi perfecta y resiste á las cri-

ticas más severas. La infantería avanzaba en líneas de guerrillas muy ténues, seguidas por los sostenes en orden desplegado; más atrás, venían columnas más densas destinadas á reforzar á las primeras y á dar al ataque la fuerza y el impetu necesarios; el terreno era habilmente utilizado, todas las unidades, grandes y chicas, se movían con facilidad y elasticidad sobre la línea de tiradores, el silencio absoluto no era nunca turbado por voces de mando supérfluas, y finalmente todo el conjunto se lanzaba delante para el asalto. El vacío del campo de batalla, tan preconizado, no era una palabra vana. El ojo más ejercitado del defensor, sólo podría descubrir algunos raros objetivos, y las líneas y columnas de ataque no se podían reconocer más que en cortísimos instantes. Se hizo grande uso de la pala, no solamente para la construcción de trincheras para tiradores y otros abrigos, sino para formar obras simuladas. Estas últimas desempeñaron en ocasiones un papel considerable, induciendo á error al adversario é incitándole á tomar disposiciones equivocadas y á veces irremediables para las operaciones siguientes. Parece muy difícil distinguir la verdadera naturaleza de estos trabajos simulados; muy á menudo, ni los dirigibles, ni los aeroplanos, pudieron determinar su verdadero carácter. El 11 de septiembre fueron causa de que el IX cuerpo de ejército quedase detenido en el río Tolleuse y desplegase grandes fuerzas contra la posición simulada de la 41.<sup>a</sup> división. Por su parte, el ejército rojo utilizó con éxito, el último día de las maniobras, posiciones simuladas en la montaña de Help y, por medio de máscaras de varias formas, engañó al adversario sobre la fuerza de la posición.

“Según el coronel Gädke, el mérito de la verosimilitud de las maniobras recae principalmente sobre la conducta inteligente de la infantería que, por sus progresos grandes en el transcurso de los últimos años, puede sostener la comparación con cualquier ejército del mundo. Su instrucción y su sentido táctico, exceden, probablemente, á los de casi todas las infanterías extranjeras. No quiero—dice aquel crítico—hablar de los factores morales, que en tiempo de paz son muy difíciles de apreciar. Pero, para decir la verdad, he de confesar que después del primer día de maniobras, así como después del comienzo del combate cerca de Woldegk, el 12 de septiembre, tuve la impresión y aun el temor de que la extensión de los frentes fuese exagerada y tuviese como consecuencia directa la debilitación de la energía en la ejecución de las operaciones. Estos temores se desvanecieron completamente en los días sucesivos. Las tropas escalonadas en profundidad en los lugares en que se buscaba la decisión, quedaban lo bastante densas para reforzar la línea de tiradores y arrastrarla á un ataque enérgico, mientras que el primer despliegue en guerrillas era relativamente débil y amplio; en general, todos procuraban cuidadosamente utilizar el terreno; al principio de los combates de infantería, no se presentaban más que objetivos poco extensos y el “vacío del campo de batalla“ es, en la hora

presente, un hecho real y logrado. Con frecuencia, el combate de infantería, lo mismo que la apertura del fuego, revestían, para un observador ejercitado, el carácter de sorpresa. Una vez llegada la tropa á la zona del fuego enemigo, ciertos sostenes hubieran podido aprovechar más ventajosamente los abrigos del terreno. En este orden de ideas, la marcha en columna de á uno ó la misma línea desplegada, convienen más que la formación en línea codo con codo, muy difícilmente utilizable en la zona de fuego eficaz, á causa de las pérdidas á que está expuesta.

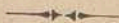
“Se observó, que algunas veces los tiradores reforzaban la guerrilla en formaciones demasiado rígidas, sin aprovechar bastante la configuración del terreno, y que los hombres, guiados sólo por el deseo de buscar un sitio conveniente, tenían la tendencia á constituir una línea de fuego muy regular. Desde la posición ocupada por el adversario se veían tiradores que iban á reforzar la línea de fuego moviéndose á lo largo de ésta, en busca de un sitio á propósito, antes de echarse á tierra. En la sucesivo, será menester que la atención de los oficiales instructores se fije en ese punto. Cualesquiera que sean la fuerza moral de nuestras tropas y la cohesión del ataque, es incontestable que no nos acercaremos, sin pérdidas considerables, á un adversario, enérgico y que tire bien, sino á condición de disponer de hombres instruidos, diestros y seguros de si mismos. El sentimiento de la ofensiva que ha penetrado actualmente en la sangre de nuestros soldados no les bastará siempre para superar la impresión de las pérdidas colosales á que se verán sometidos.

“Algunas veces el sentimiento de la ofensiva se llevó demasiado lejos, En la marcha en escalones, por ejemplo, las fracciones dejadas en sus puestos y encargadas de ejecutar el fuego, se ponían de pie á menudo antes de que el escalon en marcha hubiera llegado á su nueva posición. Este modo de proceder, aumentará fatalmente las pérdidas.

“Los oficiales de infantería no han hecho menos progresos que la tropa. Sólo he visto una vez un grupo de oficiales montados aventurarse lejos para hacer un reconocimiento y atraer así, por su llegada á una colina expuesta á las vistas y fuegos del enemigo, la atención sobre las líneas de ataque que aparecieron un poco después. Los cuarteles generales y planas mayores se mantenían en general, suficientemente atrás y, cuando alguno de ellos se hacía visible, su situación estaba justificada por las circunstancias del combate.

“En la defensiva se hizo un uso constante de la pala. Los trabajos ejecutados no tenían á veces más que escaso valor; á menudo, eran simulados. Principalmente por parte del partido azul se recurrió con frecuencia á las máscaras y defensas fingidas. El estado mayor general parece mirar con cierto excepticismo ese genero de trabajos, á pretexto de que los aviadores reconocerían rápidamente su verdadero carácter, lo que permitiría al asaltante desdeñarlos. A mi juicio—dice el coronel Gädke—esto es

un error. Es evidente que las máscaras no son siempre un recurso eficaz, que algunas veces el adversario no se deja engañar y que entonces como acontece tantas veces en la guerra, se habrá hecho un trabajo inútil. Pero en otros casos prestarán grandes servicios. En efecto, no creo que en la realidad los aeroplanos y dirigibles—aunque el tiempo sea claro, lo que no sucede siempre—sean capaces de distinguir infaliblemente las obras reales de las obras simuladas, si se toma la precaución, como ha hecho el partido azul, de instalar de vez en cuando tropas reales con sus piezas en algunas de ellas. Convendría ensayar también la simulación de los sostenes é instalar en ciertos lugares, si es posible, una pieza para el tiro contra los globos, porque si se conseguía destruir uno siquiera, los otros obrarían desde luego con más circunspección, en detrimento evidentemente de su cometido especial“.



### LA DEFENSA DE FLESINGA

A raíz del proyecto de fortificaciones de Flesinga, en Holanda, nos ocupamos de esta resolución, que tanto puede contribuir á favorecer á Alemania en caso de un conflicto en que intervengan Inglaterra y Francia. Posteriormente, y pese á los trabajos de las cancillerías, el Gobierno holandés se ha afirmado en sus propósitos, bien que revistiéndolos del carácter de necesidad nacional; el plan defensivo, muy vasto primitivamente, se ha reducido en sus proporciones, pero subsisten las obras principales, las de más trascendencia internacional, á las que se dará una grandísima potencia ofensiva y defensiva.

En Flesinga se construirá un fuerte de cúpulas, señalándose para las obras una partida de 7.127.400 francos; 2.039.100 francos para el material; y 2.089.500 francos para la compra de municiones. Las cúpulas estarán armadas con cañones de 28 centímetros, que serán el armamento principal, emplazándose otros de menor calibre como armamento auxiliar y complementario.

Se reforzarán las obras acorazadas de Hoek van Holland, Imuiden y Harssens en el Helder, destinándose á esta atención 1.533.000 francos; y se invertirán otros 9.896.000 en la mejora del fuerte de Kij Kduin.

Subsiste, como en el primer proyecto, el objetivo que se trata de alcanzar: dominar la desembocadura del Escalda y asegurar la posesión del puerto de Flesinga, para impedir que hagan uso de él las flotas extranjeras, y esto independientemente del auxilio que podrían prestarle las fuerzas militares terrestres y navales holandesas. No parece sino que tales fuerzas han de ser enviadas á otros parages, acaso para operar conjuntamente con otras, sin preocuparse por Flesinga, la importante llave, que contendrá

en si mismo, con los fuertes más inmediatos, todos los elementos indispensables para substraerla á las garras de un enemigo.



## LAS TORRES DE TRES CAÑONES EN LOS ACORAZADOS

Una tendencia que cada dia se hace más marcada en la arquitectura naval, es la de substituir las torres para dos cañones por otras de tres. Aceptan ya esta disposición las marinas italiana, austriaca y norteamericana, así como la rusa.

Está fuera de duda que las batallas navales se resuelven casi exclusivamente por el tiro de los cañones de gran calibre, lo que ha motivado la aparición, como cosa normal, de las piezas de 35.5 centímetros y 45 calibres. El aumento de calibre, para que dé toda su eficacia, ha de llevar aparejado el del número de cañones, lo que ha motivado la multiplicidad de torres, hasta disponer cinco ó seis de ellas, dos ó tres en proa y otras tantas en popa. Pero para que las piezas puedan dar todo su rendimiento, es menester que las de cada batería sean susceptibles de disparar á la vez, lo que obliga á disponerlas en tres pisos, con la consiguiente complicación en los servicios y el aumento, en gran parte perdido, de la infraestructura y del tonelaje, de donde resulta que las ventajas conseguidas, no están en relación con el aumento de gastos. Y si las dos torres inferiores se sitúan en diagonal, es imposible lograr que los seis cañones hagan fuego en la dirección del eje ó en otra que se le aproxime; por otra parte, es inconveniente que la artillería de cada barco disperse sus objetivos, toda vez que un principio fundamental es el de la concentración del fuego.

De aquí que se haya iniciado la adopción de las torres para tres cañones, medida que imponía el buen sentido, pero que, como tantas otras de análogo carácter, luchaba contra los métodos seguidos y las dificultades que se oponen á toda reforma en los métodos de construcción de un acorazado. De la misma manera que hoy son poco menos que indiscutibles esas nuevas torres, veremos en un porvenir no lejano la aparición de las torres de cuatro piezas, con lo cual las unidades navales de combate, serán verdaderamente lo que deben ser: poderosas baterías flotantes, dotadas de gran protección y mucha velocidad.

Como nada hay perfecto ni exento de defectos, se achacan á las nuevas torres, varios inconvenientes: el de la mayor pérdida ocasionada si es desarbolada una torre; inconveniente que no merece ser refutado, puesto que es común á todas las máquinas de guerra, cada dia más costosas y se halla en contradicción con la máxima de que para obtener mucho hay que exponerlo todo. Otra objeción es la de que no puede obtenerse todo el partido posible de los tres cañones, por la necesidad de que antes de disparar el último hayan vuelto á su posición normal los otros dos, cuyo dis-

paro exige algún tiempo por la lentitud de inflamación de la pólvora, y se arguye también que la corrección del tiro exigirá más tiempo que si se multiplica el número de torres haciéndolas independientes, de manera que cada batería pueda ejecutar el suyo propio y avisar á las demás.

Todo bien meditado, los técnicos más competentes se han decidido por las torres de tres cañones de carga y disparo simultáneos, como si fueran un solo cañón, lo que en realidad triplica la eficacia de las antiguas torres de dos cañones que hacían fuego independientemente. Es verdad que la corrección del tiro—para la que puede emplearse una sola pieza—exigirá más tiempo; pero hay que observar que actualmente se dispone de mecanismos muy perfectos para medir la distancia, que el tiro es muy rasante, y, sobre todo, que una vez encuadrado el objetivo, las andanadas de tres cañones ejercerán un efecto extraordinariamente destructor. Por otra parte, las torres de tres cañones simplifican el estudio mecánico del barco en general y aumentan su equilibrio, si bien exigen alguna mayor complicación en los mecanismos particulares de la torre.

Ese poderoso armamento de los acorazados del porvenir—que, con calibres menores, se extenderá á los cruceros—no podrá menos de introducir una variación correspondiente en la defensa de costas, obligando á la supresión de las grandes baterías y á la multiplicación de las pequeñas, en número mayor de las que ahora se consideran necesarias. Para que la defensa resulte eficaz, será menester concretarla á los puntos de paso obligado y puertos de extraordinaria importancia militar, donde sea posible situar en buenas condiciones varias baterías que crucen sus fuegos á distancias convenientes. Con los actuales barcos de guerra, ni una ni dos baterías de costa pueden desempeñar un papel aceptable. Lo mismo que se ha hecho con los fuertes permanentes ha de hacerse en la defensa de costas: pocos puntos, pero bien defendidos, y muchas comunicaciones, en lo posible ferroviarias, para la movilidad de las fuerzas activas.

J. F. H.

